


Terlenka® y... acción!

¡PONGASE EN ACCION...
PONGASE TERLENKA!



Una lencería para mujeres de hoy, al tiempo caprichosa y práctica. Tonos románticos, dibujos de gran moda y, naturalmente, LAVAR... Y LLEVAR.



IBERENKA  MLB

L Papa Pablo VI acaba de publicar su segunda gran encíclica —la primera fue la ECCLESIAM SUAM— dedicada al problema del desarrollo de los pueblos.

El dirigente máximo del catolicismo —el amigo íntimo del revolucionario Monseñor Helder Cámara— ha salido de su actitud demasiado comedida a veces, y ha dado un paso adelante en el progreso social.

Las huellas de Juan XXIII parece que vuelven a reverdecer con más optimismo del que acostumbraba el Papa actual en alguno de sus discursos.

Sin duda, el reposo que da la reflexión prolongada y el contacto con hombres como el Padre Lebrez, O. P. —fallecido hace un año—, han hecho que saliera de la pluma de Pablo VI el más progresivo documento de su Pontificado. Todavía en algún momento la inclinación a las matizaciones —característica de su temperamento— frena ligeramente la expansiva fuerza de este documento. Pero, en conjunto, se puede decir que es francamente abierto, atreviéndose en él a emitir juicios que sobrepasan con mucho las conclusiones del propio Concilio VATICANO II, hablando de los problemas económicos-sociales.

L Arzobispo de Recife (Brasil), Monseñor Helder Cámara, pronunció en Roma, a principios de 1966, una conferencia en el Centro de Documentación Pos-Conciliar IDO-C, en la cual se atrevió a hablar de «lo que el Concilio no ha podido decir». Y ahora Pablo VI —imitando a su amigo entrañable— ha querido hacer lo mismo.

Eran muchos los que se extrañaban del silencio prolongado de nuestro Papa actual. No porque fuesen escasos sus discursos; sino porque su Pontificado apenas había tenido ningún documento importante, en el cual se animase a los cristianos a resolver con valentía los problemas —materiales, culturales o espirituales— que tiene planteados el mundo de hoy. Ahora podemos decir, sin embargo, que el camino se abre a un profundo cambio en la mentalidad excesivamente conservadora de muchos católicos, que en cuanto al desarrollo del pueblo están todavía demasiado atrasados.

Lo que haría falta es que, tras la lectura y análisis de este documento pontificio, no intentásemos hacer lo de siempre: buscar los matices para frenar lo más posible este progreso.

Cuando Juan XXIII habló de «socialización» la mayoría de los católicos con los que comenté esta franca apertura del Papa Roncalli, empezaron a polemizar conmigo buscando la manera de que, este término, no quisiese decir absolutamente nada. Siempre es lo mismo: porque hay un mensaje evangélico para todos los tiempos, se olvidan de que es un mensaje de amor y dinamismo y se le quiere congelar en la mentalidad individualista que tuvieron muchos católicos del siglo XIX, y que demasiados todavía no han perdido.

Los problemas del mundo actual: el hambre, la explosión demográfica, las guerras, la influencia avasallante de las oligarquías del dinero o del poder, han acuciado a Montini para hablar con claridad, proponiendo algunas vías de solución a todos los hombres de buena voluntad.

No se dirige sólo a los católicos, ni siquiera a los cristianos o a los hombres religiosos; sino a todo hombre honrado que desea sinceramente un mundo más justo y más humano. Lo mismo que había inaugurado Pio XII con sus mensajes de Navidad durante la segunda guerra mundial; y continuó, con esa sencillez genial, el Papa Juan XXIII, pese al enfado de muchos católicos, que fueron los que más le criticaron.

Sin embargo, no nos hagamos ilusiones de que la Iglesia, y menos la Jerarquía, tiene recetas infalibles para resolver los problemas de este mundo. Ha habido un trágico malentendido con lo que se ha llamado DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA.

Esta Doctrina Social no es un verdadero cuerpo de doctrina sistemática; sino solamente llamadas de atención a la conciencia de los hombres para que, de verdad, intenten ponerse a realizar —con iniciativa y empeño decidido— la obra de transformación que el mundo requiere. Tampoco puede ser esta enseñanza ocasión de un ejercicio de poder por parte de la autoridad eclesiástica; sino fundamentalmente, un testimonio de interés por los hombres y sus inquietudes. Es «una renovada toma de conciencia de las exigencias del mensaje evangélico (que) obliga a la Iglesia a ponerse al servicio de los hombres para ayudarles a captar todas las dimensiones de este grave problema, y convencerles de la urgencia de una acción solidaria, en este cambio decisivo de la historia de la humanidad», dice la encíclica POPULORUM PROGRESSIO que comento.

Si ciertamente la Iglesia ha sido «fundada para establecer desde acá abajo el Reino de los Cielos» no tiene ninguna duda que lo debe hacer «viviendo en la historia... tomando parte en las mejores aspiraciones de los hombres y sufriendo al no verlas satisfechas». Pero nunca deberá ser para conquistar un poder terrenal; sino para ayudar a los hombres a conseguir su pleno desarrollo.

DEL PATERNALISMO A LA TRANSFORMACION SOCIAL

I

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Si el mundo tiene que unirse en estrecha solidaridad para resolver estos problemas, no cabe la menor duda que todos los líderes espirituales deberían de unirse «sin ninguna pretensión de prestigio, de monopolio o de caudillaje», como dice Monseñor Helder Cámara, «para salvar al mundo de la mayor catástrofe sufrida».

Si las religiones quieren salir del desprecio en que los grandes renovadores sociales las han tenido, tendrán que demostrar que —ni en teoría ni de hecho— son un freno para todo progreso social; sino un estímulo y un apoyo, poniéndose en vanguardia de toda transformación y cambio, sin afán alguno de clericalismo, porque su labor fundamental sea estimular a los hombres para que ellos mismos se auto-promuevan.

Cualquier paternalismo está ya desfasado. Ni en la familia, ni en la educación, ni en lo político y social hay que olvidarlo. Como decían hace cinco años los Obispos de Madagascar: «El principal progreso consiste en que el hombre sea consciente de su miseria, y desee salir de ella principalmente por sus propios medios. Las dádivas, sean de la forma que sean, que se reciben pasivamente sólo agravan la inactividad del miserable, y además lo clavan en su propia miseria». El ideal «del desarrollo debe tender ante todo, a poner a un pueblo en las condiciones necesarias de madurez para que él mismo pueda subvenir a sus necesidades» (A. Soras, S. J. MORAL INTERNACIONAL).

El diálogo y la cooperación de todos los hombres de buena voluntad se impone por eso. «Se trata —dice el Papa— de instaurar una colaboración voluntaria, una participación eficaz de los unos con los otros, en una dignidad igual, para la construcción de un mundo más humano».

Como decía, con profundo realismo, Monseñor Helder Cámara: «La masa comunista quedará encantada el día en que llegue a conocer que no tiene por qué negar a Dios ni a la vida eterna para amar a los hombres y luchar en favor de la justicia sobre la tierra... Tendrá una agradable sorpresa cuando llegue a saber que es genuinamente evangélica la sed de justicia, que hace desear que termine la situación absurda de dos terceras partes de la humanidad, cada vez más hundidas en el subdesarrollo y en el hambre».

La frase «la religión es el opio del pueblo» no es propiamente de Marx; sino que ya un siglo antes el barón d'Holbach había afirmado «la religión es el arte de embriagar a los hombres de entusiasmo para impedirles ocuparse de los males con que les abruma aquí abajo quienes dirigen».

La manera de combatir este juicio negativo, desgraciadamente muy real en la historia de la humanidad en bastantes ocasiones, no es con razones apologeticas, ni desgarrándose las vestiduras falsamente escandalizados. La única actitud que debemos adoptar es demostrar, los cristianos, con nuestro testimonio que esto es falso. Y el testimonio no son sólo las palabras; sino fundamentalmente el trabajo decidido y entregado por resolver los problemas de la sociedad, impulsados por un sincero amor a los hombres sin discriminación alguna. Cuando de verdad los católicos —en unión con todo hombre sincero— se propongan «construir un mundo donde todo hombre, sin excepción de raza, religión o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana, emancipado de las servidumbres que le vienen de parte de los hombres y de una naturaleza insuficientemente dominada; un mundo donde la libertad no sea una palabra vana, y donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico» (Pablo VI: P. P.).

Hay una gran diferencia entre la actitud pasiva que los católicos adoptaron en estos últimos siglos ante cualquier cambio social, y el espíritu osado de los primitivos cristianos. Engels, que tan crítico fue de la religión,

afirmaba que el cristianismo «es una fase completamente nueva de la evolución religiosa, llamada a convertirse en uno de los elementos más revolucionarios en la historia del espíritu humano» (Contribución a la historia del cristianismo primitivo). Pero eso era el cristianismo primitivo, en el cual «se tiene el sentimiento que se está en lucha con todo el mundo (de entonces) y que se saldrá vencedor en esta lucha. Y se siente un ardor belicoso, y una certeza de vencer, que han desaparecido completamente en los cristianos de nuestros días».

De ese espíritu radicalmente renovador que tenían los primeros cristianos hemos ido pasando a la época nefasta constantiniana, en donde la Iglesia pierde vitalidad, e incrementa su poder e influencia progresivamente, formando estructuras de fuerza y esos cristianos poderosos e injustos que llegan incluso a vivir la trágica plaga del colonialismo en nuestra Edad Moderna.

Ningún país de influencia cristiana está exento de pecado. Si bien es verdad que las grandes potencias coloniales cometieron más injusticias porque —como dice el Papa—, «con frecuencia, han perseguido su propio interés, su poder o su gloria».

El famoso Padre Claret, que fue Arzobispo de Santiago de Cuba en el siglo pasado, a pesar de su evidente patriotismo, no podía menos de exclamar al ver las cosas que pasaban en la isla bajo la dominación española, «que aunque la nación española no tuviera otro pecado que la grande injusticia que está cometiendo en... esta metrópoli, Dios ha de castigarla terriblemente». Como dice don Pío Zabala en la vida de este Santo: «Al llegar Claret a Cuba dos infamantes lacras afeaban a la sociedad isleña, la esclavitud negrera y el concubinato; y «muchos de los hacendados... (estaban) persuadidos de que no merecían (los negros) trato de personas, les prohibían toda instrucción y hasta vedaban la práctica de cualquier culto».

Si hoy echásemos una ojeada por el mundo veríamos la responsabilidad —al menos por omisión— que tenemos todos los cristianos de que continúen tantas injusticias, tantas esclavitudes y tan poco respeto a la dignidad humana, porque «es cierto que hay situaciones cuya injusticia clama al cielo». Y en ellas, reconoce el Papa, que «es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana».

Los cristianos tenemos que ser partidarios de la no-violencia; pero no podemos juzgar hipócritamente desde nuestra posición acomodada al que pierde el control por encontrarse en una situación infra-humana, como se halla una buena parte del mundo. La guerra y el recurso a la fuerza, hay que desterrarlos definitivamente; pero la única forma de conseguirlo con seguridad es superando las injusticias.

«Si para llevar a cabo el desarrollo —afirma Pablo VI— se necesitan técnicos cada vez en mayor número...; se exige, más todavía, pensadores de reflexión profunda que busquen un humanismo nuevo». Entonces el ser humano se auto-promoverá, y se realizará «el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas».

Y Montini describe, con frase dura, cuáles son las condiciones menos humanas que existen frecuentemente: la carencia de un mínimo vital; las estructuras opresoras que provienen o del abuso del poseer, o del abuso del poder; y tantos hombres carentes de categoría moral, porque están mutilados por el egoísmo de un sistema social injusto que ellos fomentan para su propia e individual ventaja.

E. M. M.